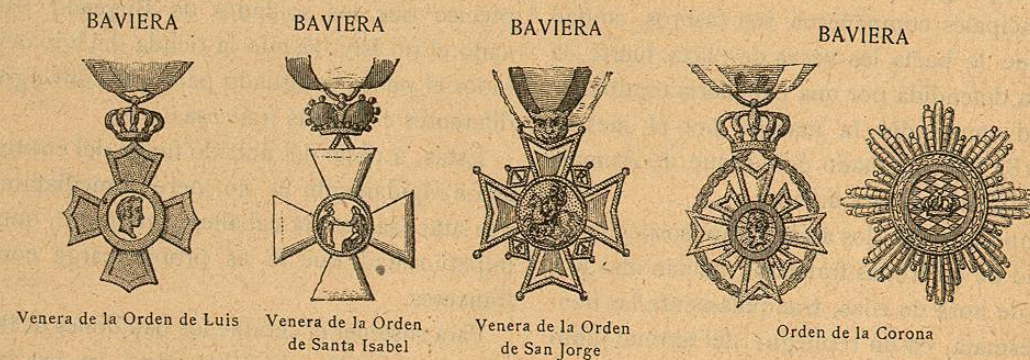
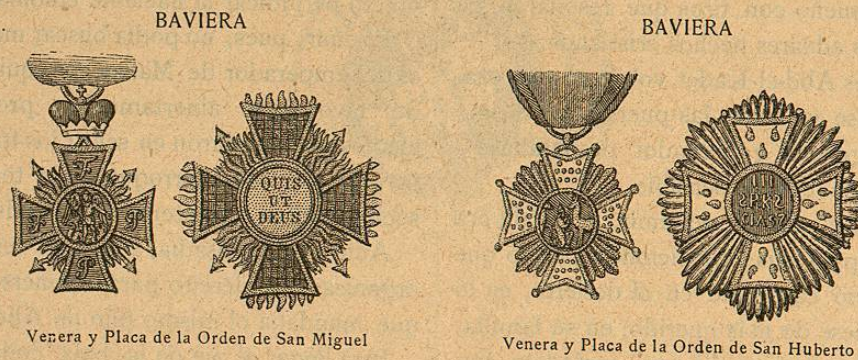
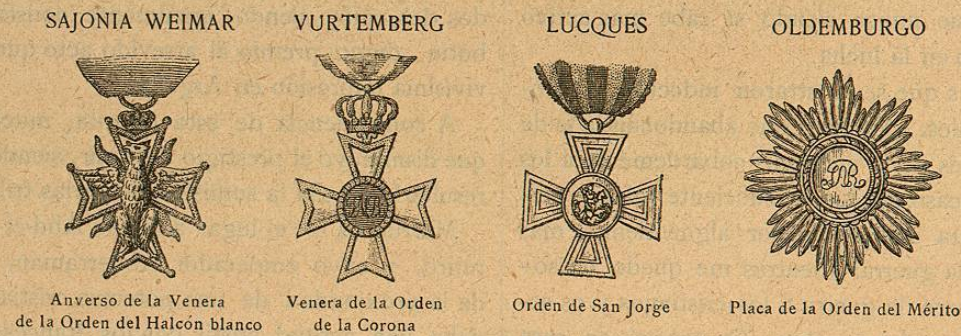


El general, con el fin de completar su victoria, dirige sus tropas contra el resto del campamento enemigo, precipitándose su caballería sable en mano á tiempo que, rehechos los escuadrones africanos, vuelven con más ímpetu y encarnizamiento; pero fueron rechazados de nuevo, dejando los marroquíes á los franceses el campo y un rico botín,

entre cuyos objetos encontré el parasol del hijo del emperador, glorioso trofeo que desde 13 de Agosto de 1844 figura en los Inválidos de París.

Bugeaud, en memoria de su triunfo sobre Muley Mahomed, fué nombrado duque de Isly.

Entre tanto que el ejército á las órdenes del general gobernador de Argelia ganaba esta memora-



ble batalla, en la que hubo unos quinientos muertos, la mayor parte de la caballería africana, el príncipe de Joinville, á despecho de los ingleses que desde Gibraltar oían retumbar los cañones, bombardeaba á Tánger y á Mogador, no tardando en apoderarse de esta última ciudad; resultando de ello que el 13 de Septiembre se firmaba un tratado de paz entre el imperio marroquí y Francia, en

virtud del cual el emir Abd-el-Kader, quedaba fuera de la ley en todo Marruecos, con lo cual nuevamente volvía á su antigua vida obscura y errante; porque realmente el que en verdad fué vencido en Isly, era Abd-el-Kader.

Mas éste, cuanto mayores eran sus desastres y más contraria le era la fortuna, más se exaltaba excitando á la guerra santa las tribus sometidas y espe-

cialmente á las kabilas, estallando en Tlemecén ó Tlemcén, una insurrección que, merced á la intrepidez del general Cavaignac, fué prontamente reprimida.

Más tarde, en 12 de Abril de 1847, el cherif Bu-Maza, lugarteniente de Abd-el-Kader, sometióse á las armas del coronel Saint-Arnaud, después de haberse levantado con cierta apariencia de fuerza y poder.

Finalmente, otra expedición francesa á la pequeña Kabília, acabó con los últimos defensores de la independencia árabe.

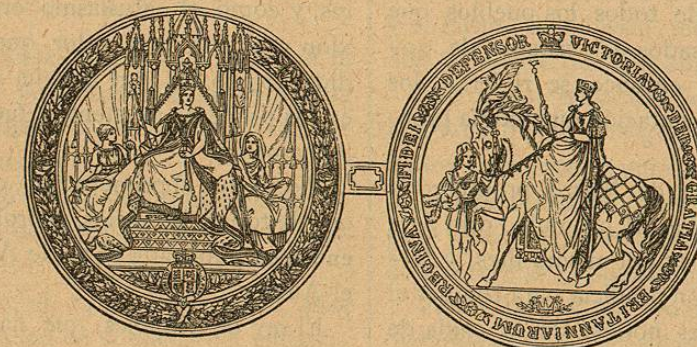
Abd-el-Kader, abandonado de casi todos los suyos, rechazado por Abderramán, que le consideraba como un peligro para la paz de su imperio, y viendo á la Argelia ocupada por los franceses, no obscureciéndosele tampoco la imposibilidad de que en mucho tiempo pudieran rehacerse los árabes

para sacudir el yugo del conquistador, rindióse en el mes de Noviembre de aquel mismo año al general Lamoriciere, si bien con la condición de que le enviasen á Alejandría, lo cual se le prometió cumplir.

Sin embargo, no se temió faltar á lo pactado y se le envió á Tolón, encarcelándosele luego en el castillo de Amboise, de donde hasta 1852 no salió en libertad.

La revolución que había estallado en Francia en 1848, repercutió por la mayor parte de los Estados de Europa y en todos ellos brotaron chispas que los respectivos Gobiernos procuraron apagar inmediatamente á fin de que el incendio no se hiciera general.

Austria fué una de las naciones donde más pronto se advirtieron los efectos del movimiento que había arrojado del trono de Francia á Luis Felipe.



INGLATERRA.—Medalla conmemorativa de la coronación de la reina Victoria

El Gobierno de Viena tan oprimido tenía al pueblo, que éste se levanta en 13 de Marzo de 1848 pidiendo la abolición de los derechos feudales así como la libertad de imprenta, no cesando en su hostil actitud hasta tanto que sale del Gabinete el ministro Metternich.

Conducidos por el vapor *Presburgo* llegan dos días después á la capital austriaca los diputados de la Dieta húngara, que reclaman del Emperador un ministerio independiente para Hungría, teniendo también que ceder el Gobierno ante la actitud del pueblo.

Más tarde, el 17 de Marzo, otra nueva dificultad entorpeció al Gobierno, pues Milán se rebelaba, con lo cual el pueblo se exaltaba cada día más, viéndose el Emperador obligado por fin á otorgar en 25 de Abril una Constitución.

En 16 de Mayo estalló otro motín, teniendo que refugiarse el Emperador en el Tirol hasta tanto

que accedió á la convocatoria de un Congreso constituyente, que se reunió en 22 de Julio, el cual proclamó el sufragio universal.

A consecuencia de oponerse el pueblo vienés á la marcha de un regimiento para Hungría, sublevóse el 6 de Octubre, quedando dueño de la capital después de tres días de combate, hecho que puso en peligro hasta la existencia misma del poder reinante.

La armonía que Pío IX pretendiera sostener en sus primeros actos entre su solio y la corriente del siglo, tuvo que desaparecer, haciendo alto en la carrera del progreso, terminando, si así podemos expresarnos, la era de libertad inaugurada por el Papa en la Iglesia católica, tomando desde aquel momento la corte de Roma la actitud contraria para todo lo que significase principio de libertad política.

Con el propósito de desarrollar la industria ita-

liana y atender al bienestar de los pueblos, Carlos Alberto, Leopoldo II, gran duque de Toscana, y Pío IX firmaron el 3 de Noviembre de 1847 un tratado de alianza.

El 12 de Enero de 1848 se levantó el pueblo de Sicilia para obligar á Fernando II, rey el más absolutista, á reunirse á la liga italiana y obtener la Constitución de 1842.

Nápoles álzase el día 27 al grito de «¡Viva la Constitución!» y como precisamente la exigencia se formulaba de un modo tan enérgico y la fermentación era tan grande, el monarca no tuvo más remedio que concederla el día 11 de Febrero, siguiéndole inmediatamente los soberanos de los Estados de Italia, prometiendo Carlos Alberto que también daría otra para la mejor gobernación de su reino.

Tal vez el movimiento hubiérase contenido aquí, pero la revolución ocurrida en Francia y la subsiguiente caída de Luis Felipe, caldeando la atmósfera revolucionaria de todos los pueblos que comenzaban á estar cansados del sistema de gobierno por el que hasta entonces se rigieran, los puso en un estado de fermentación que exigía prontas y eficaces medidas.

Carlos Alberto el día 4 de Marzo promulgó la Constitución prometida; Pío IX promulgó otra para los Estados Pontificios el 15 del mismo mes, y Milán, encontrando la ocasión propicia para romper el yugo de Austria, al tener noticia de la caída de Metternich, y arrollando cuanto á su paso se oponía, desde el 17 al 22 de Marzo, derrota al general del ejército austriaco Radetzki obligándole á retirarse.

Venecia, Brescia, Bérgamo, Vicenzio, Treviso, Padua y otros pueblos álzase en armas, y finalmente el 23 de Marzo los soldados de Carlos Alberto pasan el Tessino, el Pontífice permite que marchen también sus voluntarios para unirse á ellos y el rey de Nápoles, lo mismo que el gran duque de Toscana, facilitan parte de sus ejércitos para coadyuvar al mejor éxito de la patriótica empresa.

La hora de la libertad de los pueblos eslavos parecía haber sonado, y como si el viento entre sus invisibles alas llevase los efluvios de libertad, esparciéndolos por doquiera, lo mismo que los pueblos de Italia, se aprestaban á sacudir el yugo de Austria, los eslavos por una parte y los húngaros por otra. Lanzan también el grito de independencia, y si bien los austriacos bombardearon á Praga, dispersando el Congreso el 14 de Junio, los húngaros en cambio derrotan á las tropas enviadas por la corte de Viena.

A su vez la Confederación Germánica recibe la impresión de aquella especie de hábito democrático de que estaba impregnada la atmósfera, y lo mismo el reino de Sajonia que los demás Estados que formaban la Confederación se conmueven, y el rey de Prusia no tiene más remedio que anunciar una Constitución en el sentido que los pueblos deseaban, y para toda Alemania una Confederación en sentido puramente unitario, toda vez que las razones que habían determinado el Pacto de 1815, no tenían razón de ser en 1848, mucho más cuando la rivalidad entre Prusia y Austria, estaban sosteniendo en el seno de la Confederación, la presión en sentido contrario que los intereses de cada una estaban exigiendo.

Nuevos todos estos pueblos en las prácticas de la libertad, niños grandes, si así nos podemos expresar, que de repente abrían sus ojos á la luz y se veían obligados por su mismo anhelo á practicar la libertad, necesariamente tenían que cometer errores, y cómo el entusiasmo era mayor que la reflexión y existía más valor que organización entendida, lógico era que aquella explosión formidable en los primeros momentos, fuera debilitándose paulatinamente.

Pío IX fué el primero que, con el carácter de Padre de todos los fieles, reprobó por medio de una encíclica publicada el 29 de Abril, la guerra contra el Austria.

El rey de Nápoles, que había vencido ya la revolución que estallara en su capital, el 20 de Mayo de 1848 llamó del Norte de Italia las tropas que antes enviara, bien á su pesar.

Sin embargo de no contar con estos diez y seis mil hombres, Carlos Alberto, que había empujado á los austriacos á la otra parte del Mincio, obtuvo el 30 de Mayo la victoria de Goito, apoderándose de Pesquiera.

Empero volvió de nuevo á serle adversa la suerte, y cercado por fuerzas superiores no tardó en verse vencido en Custozza el 24 de Junio, perdiendo luego la Lombardía en tan breve espacio como la conquistara, y finalmente el 5 de Agosto firmaba una capitulación, evacuando Milán, y no habiendo recibido por parte del general Cavaignac socorro alguno, cinco días más tarde firmó un armisticio, volviendo á entrar de nuevo en Milán el 11 de Agosto el general Radetzki.

Fernando de Nápoles domeñaba ya la Sicilia y el 31 de Septiembre recobró á Mesina.

El Pontífice, impresionado vivamente ante la agitación europea y especialmente por la que fer-

mentaba en sus Estados, no sabía qué partido tomar y aunque accedía á las peticiones del pueblo estas concesiones disminuían su autoridad en vez de captarle la confianza.

Mamiani, un seglar proscrito desde 1831, fué el que en Mayo se vió favorecido con el ministerio de Estado, mas ante las exigencias de los republicanos que se hacían más osados cada día, Pío IX recurrió al eminente jurisconsulto y patriota íntegro, Rosi.

Pero desgraciadamente la política conciliadora de este sabio consejero, prudente y metódico, se inauguraba demasiado tarde, y sus generosos esfuerzos no dieron otro resultado que pagarlos con su vida, bajo el puñal de un miserable asesino, que cayó sobre él al atravesar el vestíbulo de la sala de Sesiones, al abrirse con gran pompa el Parlamento, convocado para el 15 de Noviembre para leer su programa de gobierno.

Por completo cambió la faz de las cosas este crimen aislado.

El Papa vió desde aquel momento con horror la revolución, acabando de perturbarle la amotinada población que al siguiente día vociferaba al pie de las ventanas del Quirinal.

Así fué que accedió á todo cuanto se le pidió, lo mismo á la reposición de Mamiani que á la Constituyente italiana.

Empero el Pontífice, el 24 de Noviembre, salía secretamente de la ciudad en el coche del embajador de Baviera, yendo á refugiarse en Gaeta, donde Fernando II apresuróse á dispensarle una buena acogida.

Este acto del Pontífice fué en realidad el que dió el triunfo á los republicanos, pues el Parlamento, que se había hecho ya sospechoso á los exaltados, envió una diputación á Pío IX, para rogarle encañadamente que volviese á Roma; pero ni siquiera fué admitida á pisar el suelo napolitano, lo que motivó que el Parlamento tuviese que ceder el puesto á los republicanos y agitadores que se apresuraron á acudir allí de todas partes de Italia.

Procedióse inmediatamente á organizarse en Roma el sufragio universal, se convocó por el Congreso una Constituyente y aquél, el 26 de Diciembre, se declaró disuelto.

Al año siguiente, el 6 de Febrero, se reunieron ciento cuarenta y cuatro diputados, y el 9 del mismo mes proclamaban la destitución del poder temporal del Papa, votando una República democrática, invistiendo del poder ejecutivo á un triunvirato.

De la misma manera Florencia, el 18, organizaba la República bajo iguales bases, habiéndose visto obligado el gran duque de Toscana á salir de la ciudad unos días antes.

Nuevamente Carlos Alberto, rey de Piamonte, á quien no se le obscurecía una próxima intervención de las potencias extranjeras así como los deseos de guerra que tenía el Parlamento, decidióse, á trueque de perder su corona, á atacar al Austria, cuya sola presencia predisponía á la revolución.

Solo completamente y lleno de la mayor tristeza marchó el ejército piamontés á esta segunda campaña; decaído su ánimo y escasos en número, podía asegurarse fácilmente el fin desastroso que les esperaba.

Estalló un motín en Brescia, y los piamonteses no tuvieron más remedio que retroceder hacia Novara, donde se empeñó la terrible batalla el día 23 de Marzo, batalla en que aquellos italianos peleaban con el encarnizamiento propio de la desesperación, y el mismo Rey buscó inútilmente durante todo el día, la muerte que deseaba con toda su alma.

Derrotado, no por la falta de valor, sino por la desgracia que le perseguía y por el excesivo número de los contrarios, reunió á sus generales declarándoles que abdicaba, para no ser un obstáculo á la paz, y después de esta declaración se alejó, negándose á revelar el punto donde iba á retirarse.

Víctor Manuel fué proclamado rey, pero inmediatamente tuvo necesidad de mandar un general á Génova, que no quería aceptar la paz y proclamaba la República.

Bajo muy malos auspicios comenzaba el nuevo rey, que sin embargo, con el tiempo había de reparar con grandes creces los desastres de Carlos Alberto.

La terrible derrota de los piamonteses fué la llave que abrió las puertas de la ciudad de Brescia á los austriacos, que se apoderaron de ella después de un horrible combate al que siguieron sangrientas venganzas.

El gonfaloniero de Florencia, Ubaldino Peruzzi, en vista del triunfo de los austriacos, restableció en la ciudad la autoridad de Gran Duque, el día 12 de Abril.

La reacción triunfaba por todas partes, mientras que en Roma la cuestión política se complicaba con otra cuestión religiosa.

El alejamiento del Papa era un hecho de tan grave trascendencia, que las potencias católicas decidieron restaurarle en la plenitud de su poder temporal y espiritual.